

Acaso no lo comprenda.
Vamos, preciso es que el rey
Me halle al pié de la escalera.

(Vase rápidamente por el fondo. Durante los últimos versos de esta escena se habrá oído dentro rumor de pueblo, vivas, y tumulto de fiesta popular. El teatro permanece abandonado breves momentos, quedando solo en él el soldado que guarda el esterior de la puerta del fondo, que deja Don Berenguer abierta. Por ella salen después el rey Don Jaime, ricamente vestido de ceremonia; la reina Doña Violante, de blanco; grandes de Aragon, prelados, jueces, dignatarios, cortesanos, etc. El rey, dando la mano á Doña Violante, le dirige la palabra conduciéndola al trono cuando lo indican los versos.)

ESCENA VI.

EL REY, LA REINA DOÑA VIOLANTE, EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA, DON BERENGUER, GRANDES, CORTESANOS; FUERA DE LA PUERTA, EN EL FONDO, PUEBLO.

Rey. Mi pueblo te bendice, y su ventura
Aguarda de tu mano: el mismo cielo
Para que no ofendiera tu tez pura,
Su sol cubrió con nebuloso velo.

Viol. Sois muy galan, señor: si ufana
[admito

Las bendiciones de Aragon, espero
Merecer su favor: lo solicito
De él, con fé pura y corazon sincero.

Rey. Yo te respondo de él, y me remito
Violante mia, al tiempo venidero:
Reina entre tanto por mi noble gente
Vas aclamada á ser solemnemente.
Ya en mi alcázar estás: desde esta hora
De Aragon en el trono al lado mio
Eres conmigo de Aragon señora,
Y es la ley de mi alcázar tu albedrío.
Tu casa es, gobiérnala á tu antojo:
Vive á tu gusto en ella, sin cuidado
De que tu real placer me cause enojo:
Reina en palacio tú, yo en el Estado.
Próceres de Aragon, á la belleza
De vuestra reina humildes ofreceos,
Y doblad la rodilla y la cabeza
Ante la reina de Aragon.

(Al inclinarse todos para saludar á Doña Violante, el nuncio pontificio aparece saliendo por la puerta del fondo, diciendo en alta voz:)

Nuncio. Teneos. (Suspension general.)
(El rey, bajando colérico del trono, va á encontrarse con el nuncio, que habrá avanzado al centro de la escena.)

Rey. ¿Quién interrumpe audaz al soberano?
[raro?

Nuncio. El nuncio del Pontífice romano.

ESCENA VII.

DICHOS, EL NUNCIO.

Rey. ¡Por quien soy, señor nuncio, que
[re celo
Que ignorais á qué tierra habeis venido!
Nuncio. Ni yo lo pregunté: con santo
[celo
« Parte, » me dijo el papa, y he partido.
Rey. Sabed empero, que si el papa en
[Roma,

Yo reino en Aragon, y reino solo,
Y nadie voz imperativa toma
Donde mi voz resuena.

Nuncio. Ni yo inmolo
Sacrificio, señor, ni incienso quemó,
Ni doblo la rodilla en mas altares,
Nuncio cual soy de sus sagradas leyes,
Que en los del sumo Dios, que es juez
[supremo.

Lumbre del sol, barrera de los mares,
Sér de la creacion, rey de los reyes.

Rey. Dios... en el cielo está: yo aquí en
[la tierra

Le represento, y á mi vez respeto
Exijo del mortal... pero el objeto
Sepamos que aquí os traé: lo que encierra
Vuestra mision, decid.

Nuncio. Mas en secreto
Conviene que os lo diga.

Rey. Un plazo escaso
Esperad.

Nuncio. Ni un instante.

Rey. En ese caso,
Voy á abreviar la ceremonia: ofensa
Fuera á la reina hacer...

Nuncio. No deis un paso
Más en tal ceremonia.

Rey. ¿Es por acaso... ?
Nuncio. Inútil: vuestra boda está sus-
[pensa. (Bajo al rey.)

Rey. ¡Dios de Aragon! ¿suspensa?
Nuncio. Sí.

Rey. Un momento,
(Á los que están en escena.)

Señores, un momento: dispensadme;

Salid.

Viol. ¡ Gran Dios! ¿ qué es esto?
(El rey conduce á Doña Violante, á quien siguen sus damas y pajes á la puerta de la derecha, que cierra tras ellos. Los demas se van por la del fondo.)

Rey. Á este aposento (Á Doña Violante.)
Pasad, señora, vos. (Dios, enfrenadme
La cólera que hervir siento en el alma.)

ESCENA VIII.

EL REY, EL NUNCIO.

Rey. Hénos solos, hablad: pero hablad
[presto,
Porque impaciente soy, y estoy espuesto
Á no guardar la conveniente calma.
Hablad, y no hagais caso de mi gesto
Ni de mi accion; hablad: mas os lo aviso,
Pronto, claro, y no mas que lo preciso.

Nuncio. Oid, pues, la sentencia que dió
[Roma

En vuestro pleito.

Rey. Eso es lo que interesa:
Decid.

Nuncio. Si el rey Don Jaime esposa toma,
Esta esposa ha de ser Doña Teresa:
Y dos hijos del rey, en ella habidos,
Han de ser por el rey reconocidos.

Rey. ¿ Mi pleito en Roma se falló dos
[veces?

Nuncio. Sí.

Rey. La primera en pro. ¿ Y en qué
se funda

La ley y la conciencia de los jueces
Al fallar en mi contra la segunda?

Ha debido de haber de obvia justicia
Una razon, legal, grave y oculta:

Razon no alegada ántes, que hoy facultá
Á la sensata curia pontificia

Para anular su fallo primitivo.

Nuncio. Sí.

Rey. ¿Cuál?

Nuncio. Es de conciencia:
[el Santo Padre,

Por su voto especial reservativo
Falló por sí.

Rey. ¿ Y creéis que á mí me cuadre
Semejante razon?

Nuncio. Será forzoso:

Declaraciones con que sub sigillo
Confessionis se dieron, y que asilo

Tienen ya impenetrable, misterioso
Del Pontífice en la alma.

Rey. ¡ Dios piadoso!
De una trama infernal me dais el hilo.
¿ Solo tiene el Pontífice la llave
Del secreto, decid?

Nuncio. Sí.

Rey. ¿ Fué pues hecha
Tal confesion al papa?

Nuncio. Sí.

Rey. ¿ La sabe

El solo?

Nuncio. Sí.

Rey. Mostradme con qué fecha
Se sentenció.

Nuncio. Miradla.

(Mostrándole un pergamino.)

Rey. No fué suya

La confesion: Teresa hecho la habria
En su primer demanda, el primer dia,
Sí; mas no hay otra confesion que influya
En providencia tal mas que la mia:
Y yo á Roma no fui, ni á Roma he enviado
Legado mio, ni del papa he visto
Mas legado que á vos... ¡ por Jesucristo!
Eso es: mi confesion se ha revelado.

Nuncio. Reparad.

Rey. La han escrito.

Nuncio. En el proceso
No consta.

Rey. ¿ Qué falta hace el testimonio
De vuestros garrapatos para eso?

Solo mi confesion el matrimonio
Suspendir puede, y revelada ha sido...

Si la siento aquí (Señalando la frente.)
escrita... sí, el demonio

Me la está deletreando en el oído.

Nuncio. Señor, no estais seguro.

Rey. Todavía
No: mas lo voy á estar.

Nuncio. ¿ Cuándo?

Rey. Al momento.

¡ Y en estándolo...!

Nuncio. ¿ Qué?

Rey. ¡ Por vida mia!
Vereis.

(Se vuelve hácia la puerta, y el nuncio se le interpone.)

Nuncio. Tened.

Rey. ¡ Quitáos de delante!

Nuncio. Reportáos, señor; no así arro-
gante

Os dejéis arrastrar de una ira impía.

Ved que traigo absolutas facultades

En pro de la verdad, premio ó castigo

Para otorgar al bien, ó á las maldades.

Rey. Para eso en Aragon basta conmigo.

Nuncio. Teneos.
 Rey. Apartad : porque me sube
 La ira del corazon á la cabeza,
 Y el vapor de la sangre en una nube
 Mis ojos siento que á envolver empieza.

Nuncio. ¡ Tened, del papa en nombre!
 Rey. ¡ Por Dios vivo!
 Su nombre á punto á vuestro labio asoma :
 Vereis : nuestro poder es relativo :
 Vereis : yo en Aragon como él en Roma
 Tengo un voto especial, reservativo.

Nuncio. Señor...
 Rey. Quitad os dije.
 Nuncio. Ved os ruego.
 Rey. ¿ Qué he de ver ? ¿ no veis vos que
 estoy ya ciego ?

(El rey abre la puerta del fondo, y la de
 la derecha : á su voz vuelven á salir
 todos.)

ESCENA IX.

EL REY, EL NUNCIO, DOÑA VIOLANTE,
 DON BERENGUER, DESIDERIO, EL PRE-
 SIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA; NO-
 BLES, DAMAS DE LA REINA, PAJES, PUEBLO.

Rey. Adelante, señores, adelante
 Todos; entrad, entrad.

Nuncio. (Su ira encona
 La oposicion : dejemos que un instante
 Se calme y ceda.)

Rey. Obispo de Gerona,
 (Á Don Berenguer.)
 Entrad tambien. — ¿ Vos sois el presidente
 Del tribunal de mi justicia ?

Pres. Tengo,
 Señor, honra tan alta.

Rey. Yo me avengo
 Con vuestro parecer. Decid al punto,
 Pues, á Don Berenguer, que está presente,
 Qué pena tiene por la ley sagrada
 El confesor que á intento ó sin cautela
 La confesion y el pecador revela.

Pres. Señor, pierde la lengua.
 Rey. Revelada
 (Á Don Berenguer con ira.)
 Por vos mi confesion y escrita ha sido
 Á la romana curia pontificia.

Ber. ¡ Señor!... (Anonadado.)
 Rey. Vuestra sentencia habeis oido. —
 ¡ Ea! al ejecutor de mi justicia
 (Al presidente.)

Entregadle, y la lengua cercenada
 Le sea al punto.

Pres. Ved...
 Rey. No veo nada.

Pres. Reflexionad, señor.
 Rey. No reflexiono
 Nada.

Viol. Yo de rodillas os lo ruego :
 (Á sus piés.)

Templad, señor, vuestro exaltado encono.
 Nuncio. Rey Don Jaime, acatad la pree-
 minencia
 Del sacerdocio en él.

Rey. Llevadle luego.
 (Al presidente del tribunal.)

Y ¡ ay de vos si volveis á mi presencia
 De su amplia ejecucion sin ser testigo!

Nuncio. Mirad que si se cumple la sen-
 tencia
 Dais en la escomunion.

Rey. Llevadle digo,
 (Al presidente con toda la exaltacion
 de la ira.)

¡ Ira de Dios! ¿ No soy el soberano ?
 Obedecedme, juez, ó su castigo
 (Pone mano á la daga.)

Aquí ejecuto por mi propia mano.
 Todos. ¡ Oh! (Aterrados.)
 (El presidente, poniéndose entre el rey y
 Don Berenguer, hace desaparecer al úl-
 timo y va tras él.)

Nuncio. ¡ Sacrilegio atroz!
 Rey. ¿ Y el crimen suyo
 Es por ventura mas que un sacrilegio?

Nuncio. En nombre de la Iglesia yo le
 escluyo
 De vuestra ley.

Rey. Recuso el privilegio.
 Nuncio. Pues del papa en poder le cons-
 tituyo.

Revocad la sentencia, ó yo del régio
 Soberano poder os destituyo.

Rey. Vos estais delirando : lo que es mio
 Por derecho y por ley, ¿ quién me lo quita ?

Nuncio. Roma.
 Rey. De Roma y su poder me río.

Nuncio. Revocad.
 Rey. Es ya tarde.
 (Viendo al presidente, que aparece al
 umbral.)

Todos. ¡ Ah!
 Nuncio. ¡ Rey impío,
 (Avanzando hácia el medio de la escena y-
 tendiendo las manos hácia el rey.)

Dios lega á Satanás tu alma precita!
 (Todos se echan atrás dejando al rey solo.)

Rey de Aragon, escucha arrodillado,
 Y esa risa sardónica que asoma
 En tus labios, mofándose de Roma,
 Tórnala en ¡ ay! de súplica humillado
 Á su poder. — ¡ Estás escomulgado!
 (Rompe la tempestad tronando.)

Todos. ¡ Ah!
 Nuncio. Oye á Dios y tu soberbia doma.
 Bajo la huella de tus piés impíos
 Agótese la mies, púdrase el grano,
 Séquese el árbol, súmerse los rios;
 El monte se desplome, húndase el llano :
 Queme el rayo tus bosques y plantíos,
 Traiga á tus tierras peste el aire insano,
 Y abandónete á Dios y á sus castigos
 Tus vasallos, tus deudos, tus amigos.

(Á todos.)
 Sin Dios ni rey quedais. Desde ahora
 [mismo]

Los templos de Aragon quedan cerrados,
 Prohibidas las aguas del bautismo,
 Los sacramentos de la fé vedados :
 Fuera en fin de la grey del cristianismo
 Estais, y en su cabeza escomulgados :
 Quien le dé auxilio, quien señor le llame
 Es maldito con él, con él infame.

(El rey queda un momento aterrado, como
 si sintiera sobre la cabeza el peso de la
 escomunion. El nuncio se va por la
 puerta del fondo, y todos tras él en
 completo silencio. La puerta se cierra
 detrás del último. El ruido de la tem-
 pestad llena el espacio, dejando luego
 el intervalo de calma necesario para la
 escena siguiente.)

ESCENA X.

EL REY.

¡ Emponzoña el ambiente en que respira!
 ¡ Su voz es un puñal helado, agudo!
 ¡ Me ha herido aquí en el pecho!... no...
 [¡ mentira!]

Ha sido aquí... en la frente : y á su rudo
 Golpe el cerebro descompuesto gira,
 Y el vago són de sus palabras siento
 Zumbar en el confuso pensamiento.

¿ Quién es ? ¿ qué es lo que dice ? ¿ á qué ha
 [venido]

Parad... parad, recuerdos, un instante.
 Repetid lo que he visto... lo que he oido.
 La mies... el rayo... Dios... Doña Violante
 Á mis piés... un obispo... un acusado...
 Gentes que me rogaban... y uno, uno
 Mas que todos tenaz, mas importuno...

¿ Qué traia en la mano ?... un privilegio...
 No, la lengua arrancada de su boca.
 ¡ Horror ! ¿ quién cometió tal sacrilegio?
 ¡ Pára, pára un instante, mente loca!
 Vuelve á mí... vuelve á mí, juicio perdido...
 (Con desesperado afán, queriendo recobrar
 á la fuerza las ideas estraviadas.)

Vuelve, recuerda... (Se mira las manos.)
 ¡ Estoy ensangrentado

¿ Quién me acusa?... ¡ Su lengua!... sí, yo
 [he sido ;

Mas no me sigas... no. (Va á la puerta.)
 ¡ Me han encerrado

Con ella ! ¡ auxilio ! ¡ á mí !... todos se han
 ido.

Todos... ¡ del universo abandonado
 Estoy!... todo lo entiendo... lo he perdido

Todo... ¡ hasta Dios ! ¡ Estoy escomulgado!
 (Vuelve á romper la tempestad tronando.)

Ruge la tempestad... ¡ á buena hora!
 (Se aproxima al balcón, cuyas vidrieras
 abre el viento con estrépito.)

¿ Qué me importa de tí ? No puede nada
 Contra mí tu furor. ¡ Ruge!... ¡ devora!
 Ya no hay Dios para mí... ¡ ruge, men-
 guada!

Yo me río de tí... míralo... toma,
 Yo te escupo á la faz mi carcajada ;
 Tómala... y con mi alma escomulgada,
 Implacable huracan, llévala á Roma.
 (Cae desplomado.)

ESCENA XI.

EL REY, DESMAYADO ; DOÑA VIOLANTE,
 DOÑA TERESA : ESTA POR LA IZQUIERDA,
 AQUELLA POR LA DERECHA.

Viol. ¡ Solo ! á su amparo mi deber me
 llama.

Ter. Mi auxilio nada mas le resta ahora.
 Viol. ¡ Una muger!

Ter. ¡ La infanta ! ¿ vuestra fama
 Así arriesgar osais ?

Viol. ¡ Y vos, señora !
 Ter. Soy Teresa Vidaura.

Viol. ¡ Vos ! ¡ La dama
 De su alma perdicion!

Ter. Su salvadora.
 Viol. ¡ Cómo !

Ter. Vais á entenderlo en el momento :
 Mas primero es llevarle á su aposento.

Viol. ¡ Yo ! ¡ con vos!

Ter. Ayudadme sin cuidado,
 Señora, que ni soy lo que aparento,

Ni cabe escomunión do no hay pecado.
(Doña Teresa y Doña Violante acuden á
levantar al rey. — Cae el telón.)

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIOLANTE, SENTADA; DOÑA
TERESA.

Ter. Tal es la historia de mi amor, se-
ñora:

Tales son mis razones, mis derechos.

Viol. No los recuso: mas os resta ahora
darme la esplicacion de ciertos hechos
audaces por demas para una dama
de tal ingenio y tan ilustre origen.

Ter. En casos en que van honor y fama,
todo la fama y el honor lo exigen.

Viol. Tal vez.

Ter. Oídme pues: seré sincera.
¿Creeis que nadie por razon domine
los salvajes instintos de una fiera,
y doméstica á ser la determine?

Viol. No es posible.

Ter. Pues bien: esta mañana
hábeis visto á ese rey, ciego, iracundo,
su dignidad hollando soberana
atropellar cuanto respeta el mundo.
Le habéis visto, en su cólera embriagado,
recusar el sagrado privilegio
sacerdotal: desafiar osado
á Roma; el mas horrendo sacrilegio
cometer, del Pontífice al legado
desconociendo; y aun del mismo cielo
sacrilego mofarse, y solo al rayo
de tal escomunión ver el abismo
á sus piés, y ceder solo al desmayo
de su temor supersticioso.

Viol. ¡Horrible
Espectáculo fué!

Ter. Pues con tal hiena
tuve yo que luchar, y era imposible
dominarla en su cólera terrible
mas que con el azote y la cadena.
Diez años humillada, envilecida
á los ojos del mundo y á los míos,
triste le demandé mi honra perdida,
hechos mis ojos de mi llanto ríos:
y diez años corrieron sin que nada

Lograran fé ni amor; mas una hora
llega en que la muger que ruega y llora,
ofendida á la vez y avergonzada,
alzase de sí misma vengadora
por la fé y la razon autorizada.
Llegó esta hora para mí: enemiga
de mi señor me alcé, y el oportuno
tiempo esperando astuta uno por uno
fui los hilos atando de una intriga:
y llegada á su término, tornándose
guerrero halcon la tímida paloma
de las alas del águila ayudándose
tendió su vuelo al tribunal de Roma;
y el águila rendida desde el suelo
la vió en sus plumas remontarse ufana,
y la vió regresar cerniendo el vuelo
entre los rayos de la ley romana.

Viol. Del rey me estais hablando.

Ter. No lo olvido

Señora: para alzarme hasta su altura
al tribunal de Dios he acudido
que nos nivela á todos: mas segura
bajo el amparo de su ley sagrada
no á abusar de mi triunfo vencedora
vengo, no el solio á reclamar osada,
sino á vivir resuelta desde ahora
reina no, mas tampoco deshonrada.

Viol. ¿Qué es, pues, lo que queréis?

Ter. Que una palabra

satisfaga una ofensa: que hijos llame
á los que suyos son: que no nos abra
á sus hijos y á mí sepulcro infame.
El audaz y yo débil, ambos fuimos
criminales al par: yo me someto
al yugo de la ley: mas delinquimos
de muy distinto modo; él el secreto
de su origen guardó, yo fui engañada,
y no debo al honor guardar respeto
del que el mio y sus hijos tiene en nada.
Vencido está á mis piés; mas no que bese
mi planta quiero, ni me ofrezca el rono:
que remedie su error, que lo confiese,
y me vuelvo á mi quinta y le perdono.

Viol. ¿Á vuestra quinta?

Ter. Para vos, señora,
el esplendor del solio: yo no puedo
disputároosle, no: desde esta hora,
si en mi auxilio venís, sin pena cedo.

Viol. ¡Yo!

Ter. Sí. Vos sois un ángel descendido
del cielo para el rey, de su ventura
nuncio, y en su aflicción aparecido,
bálsamo para ser de su amargura.
Llegais en su dolor á su presencia
bajo el nombre tiernísimo de esposa:
sois elocuente, compasiva, hermosa...
Venced en mi favor su resistencia.

Viol. ¡Yo!

Ter. Vos: y comprendedme. Él
[indomable,

yo ofendida y tenaz, no habia modo
de conseguir del rey lo razonable,
sino aspirando á conseguirlo todo.
Todo lo conseguí: mas solo quiero
lo que es mio por ley: si lo exigiera
todo, de mi altivez víctima fuera:
se alzara contra mí su pueblo entero.
Tomad. (Le da un escrito.)

Decidle vos: «Todo fué un sueño:
la escomunión, el crimen, fué una in-
triga;

mas firma: es tu deber, y yo me empeño
por una pobre madre, que es mi amiga.»
Y seré... tanto no, vuestra cautiva;
ménos, el escabel de vuestro trono;
pondreis los piés sobre mi frente altiva.
Ved lo que por mis hijos ambiciono:
mas lucharé por ellos mientras viva,
y á este precio no más cedo y perdono.

Viol. Y sí perdonareis. Grande os admiro,
y grande como vos á ser aspiro.
Vuestros hijos, Teresa, os aseguro
que honrados vivirán. Antes del día
serán reconocidos, sí; ¡os lo juro!
Causa comun la vuestra con la mia,
yo los adoptaré. Cuando no tengan
en su desolación mejor arrimo,
enviadlos, sí, que á mi palacio vengán
y acogidos serán: los legitimo.

Ter. Gracias.

Viol. Alzad: de gracias no es
[asunto,

Pues vos al punto partireis.

Ter. Al punto.

Viol. Léjos.

Ter. Donde queráis.

Viol. Sois generosa,
fascinadora, apasionada, hermosa.

Ter. ¿Zelos vos, de los ángeles trasunto?

Viol. Soy débil, soy muger. Seré su es-
[posa.

Ter. Nada temais de vuestra humilde
[esclava.

Triste, porque le amé, y os lo confieso,
me volveré á la quinta en que guardaba
puro mi corazón, mi honor ileso.
Si me envía un billete, sin abrirle
se lo devolveré: si á darme quejas
á su paje me envía, sin oírle
razon ni trova cerraré mis rejas.
Si él se llega á mi puerta con misterio,
yo se la cerraré como á enemigo:
si la intenta forzar, por un postigo
me acogeré al vecino monasterio;

Y si me sigue allí, si la clausura
iracundo y sacrilego atropella,
dentro del claustro al afirmar su huella
me abriré ante el altar la sepultura.
¿Qué mas queréis, señora?

Viol. Que mi amiga
(Tendiéndole la mano.)

Seas.

Ter. Hasta morir.

Viol. ¡Dios te bendiga,

sublime y generosa criatura!

Ter. Mas por ambas velad: que no me
[siga,

que no le vea más. Vuestra hermosura,
vuestro ingenio emplead en que me olvide:
todo os lo cedo en paz. ¡Dios me es tes-
tigo!

Que entero sea vuestro honor me pide
mi sacrificio, y lo será; me obligo:
mas no os puedo mentir; aquí reside
su amor, y solo morirá conmigo.

Viol. Pues ocultadle bien en vuestro
[pecho;

de ese amor que el espíritu os desola,
para pedir os cuentas con derecho
no hay mas que Dios, que el corazón ha
[hecho.

Id al legado á ver. Dejadme sola.

ESCENA II.

DOÑA VIOLANTE.

Justicia es, y la obtendrá cumplida,
mas saldrá de Aragon. Al otro extremo
quisiera verla de la tierra... hundida
en el misterio mas profundo... erguida
de su altivez la admiro... mas la temo.
Esa águila imperial con su fiereza
dominará al leon tarde ó temprano.
Empezaría el rey su fortaleza
por admirar, y al cabo la cabeza
doblaría servil bajo su mano.
Único sér cuyo resuelto arrojo
fuera capaz de despreciar su enojo,
fuera el único sér que hallára digno
de su pasión... y al corazón maligno
evitar es preciso tal antojo.
¿Qué entrada tengo en Aragon! — Mas ella
la explica en mi favor... prudente y bella,
ángel me cree del cielo descendido
para su bien... mas perspicaz ha sido
que yo para leer mi buena estrella.
Mas no seré yo misma quien la deje
mentir. Vuelva á la vida y al imperio
del ángel, á la voz, que le protege,

Rey. Á los que osaran tal, remos con re-
[mos
Les haria yo atar á mis caballos
Y arrojarlos al monte.
Viol. ¡ Siempre estremos
De cólera ! ¡ siempre ímpetus de ira !
Rey. Es verdad : dices bien... la ira me
pierde.
Viol. ¿ No seria mejor ?
Rey. ¿ Qué cosa ?
Viol. Mira :
Tengo una quinta en cuya olmeda verde
Solo el aliento del amor se aspira.
Rey. ¿ Una quinta ?
Viol. Amensima.
Rey. ¿ Y en dónde ?
Viol. En Aragon.
Rey. ¿ En Aragon ?
Viol. El Ebro
Entre unos setos de abedul y enebro
La riega, y con los árboles la esconde
De su ribera fértil.
Rey. Mi cerebro
Comienza á vacilar.
Viol. ¿ Qué te entristece ?
Rey. Nada... siento rodar en mi cabeza
Mil confusos recuerdos. Me parece
Que á revolverse mi memoria empieza...
Y mi sueño feliz se desvanece.
Viol. Te engañas, todavía está contigo,
Y siempre lo estará, si tú lo quieres.
Rey. ¿ Si yo lo quiero ? Sí, Dios me es
[testigo.
Siempre, sueño feliz, vendrás conmigo :
Mas quisiera saber... dime ¿ quién eres ?
Viol. Una muger.
Rey. Tu arpa ángel te llama.
Viol. ¿ Recuerdas ?...
Rey. Que cantabas.
Viol. (Ya recobra
La memoria : Señor, completa mi obra.)
Rey. Ángel... muger... no cabe : alguno
[sobra.
Viol. Tiene algo de ángel la muger que
[ama.
Rey. ¿ La que ama ? No : de Satanás es hija.
Viol. Esa es otra muger : yo no soy esa.
Me has dicho eso no más porque me aflija.
Rey. ¿ Afligirte yo ? no.
Viol. Tus ojos fija
En los míos : ¿ qué encuentras ? ¿ qué te
[espresa
De mi pupila ardiente la mirada ?
Recuerda... ¿ no la has visto en tu pasada
Vida, entre vivas, músicas y oro ?
Rey. Recuerdo su espresion enamorada.
Viol. ¿ Y la conoces ?
Rey. No : pero te adoro,

Sueño hermoso de amor.
Viol. Rasga las nieblas
Que ofusean tu memoria : desvanece
De un soplo esas quimeras con que pueblas
La fantasía : ahuyenta y esclarece
De tu juicio, que vuelve, las tinieblas.
Recuerda... ¿ quién soy yo ?
Rey. Me lo has cantado :
El ángel de mi amor.
Viol. Antes, ¿ quién era ?
Rey. ¿ Antes ? Una muger.
Viol. La que has amado.
Rey. No : aquella no eres tú.
Viol. Te has obcecado :
Confundiéndome estás con la primera ;
Mas aquella se va.
Rey. No te comprendo.
Viol. Recuerda.
Rey. ¿ Qué ?
Viol. La quinta... la que amas.
Rey. Te estás en pesadilla convirtiendo,
Sueño... mas ¡ ay !... recuerdo... tú te
[llamas...
Viol. Teresa, no. (Vivamente.)
Rey. No, no : que es nombre horrendo.
Viol. ¿ Á Teresa conoces ?
Rey. Sí... un momento
Aguarda. ¡ Pára... pára, mente mia !
¡ No ruedes... no circules, pensamiento !
Vuelve á mí... vuelve á mí... ¡ ay ! ya lo
[siento...
Espera... fué Teresa...
Viol. (¡ Oh, qué agonía !)
Rey. Á Roma... ¿ ha vuelto ya ?
Viol. Sí.
Rey. Otro instante
Déjame... eso es... eso es... Teresa ha sido :
Pero que me la quiten de delante :
Huye... mas no eres tú.
Viol. Yo soy...
Rey. Violante. (Reconociéndola.)
Viol. Sí ; tu esposa.
Rey. ¡ Gran Dios ! ¿ Quién te ha traído
Aquí ? Reina infeliz, te han engañado.
¡ Huye, parte al momento, vuelve á Hungría !
En brazos de un dragon te han entregado
Prometiéndote un rey. ¡ Huye, alma mia,
Huye de mí... ! ¡ yo estoy escomulgado !
(Pausa. El rey, recobrando completamente
su juicio, reconoce su situacion y habla
espantado consigo mismo. Doña Violante
le contempla con ansiedad, eyendo en su
rostro y en sus palabras su interior agi-
tacion, espiondo el momento, y medi-
tando las palabras mas á propósito para
calmarla. Toda esta escena depende mas
de los actores que del poeta. Las notas y
acotaciones están sin embargo suprimi-

das en ella, porque estanco escrita para
personas determinadas, teniendo en cuen-
ta sus facultades, nada hay que advertir
á estas, y á los actores que fuera de Ma-
dríd se encarguen de los papeles del rey
y de Doña Violante es inútil embrollarlos
con notas, si su talento dramático no
comprende á primera vista el carácter
que debe llevar toda la escena. El rey
sigue hablando consigo.)

Escomulgado, sí. Bajo el pié ímpio
Se me agosta la mies ; se pudre el grano,
Se hiela el árbol, y se seca el rio ;
Y el monte se hunde, y me rechaza el llano,
Y Dios no me conoce. ¡ No es el mio
El Dios que alumbrá al corazon cristiano !
Escomulgado estoy... ¡ Su ira infinita
Entregó á Satanás mi alma precital
Viol. ¿ Y si no fuera así ?
Rey. ¿ Qué estás diciendo ?
Viol. ¿ Si no existiera el sacrilegio horrendo
Que cometer creiste ?
Rey. ¿ Por qué dices
Eso ?
Viol. Porque ese crimen no existiendo
Pudieramos aun vivir felices.
Rey. ¡ Tentacion infernal ! Estás hablando
De imposibles... milagros suponiendo.
¡ Y yo te estoy, imbécil, escuchando !
No, no : mi horrible situacion comprendo.
¡ Feliz despues de mi delito infando !
¿ Y la sentencia pontificia ?
Viol. Acaso
Ella misma, Teresa, retirara
Su demanda de Roma.
Rey. ¡ Bien escaso
Si su amor me le ofrece !
Viol. ¿ Y en tal caso ?
Rey. No : la detesto ya.
Viol. ¿ Y si yo te amara ?
Rey. ¡ Tú ! Escucha. Sangre de mis manos
[brotá.

Roe mi corazon, mi hábito mengua
La escomunion, y cercenada y rota
Viene tras mí pidiéndome su lengua
Cuanta sangre hay en mi gota por gota.
¿ Y me quieres amar ? ¡ ay ! ya empezaba
Mi corazon á amarte á tí. Creia
Que eras de paz un ángel que velaba
Paso tras paso la existencia mia.
¡ Y al averno conmigo te arrastraba !
¡ Apártate de mí ! Delirio hermoso
De casto amor, fantasma peregrino
De un sueño pasajero y vaporoso,
¡ Apártate de mí, que no hay reposo,
Bien, ni sombra, ni amor en mi camino !
Viol. No importa : iré, caminaré contigo.
Rey. Pero ¿ no ves que cuanto toco infamo ?

¿ que va de Dios la maldicion conmigo ?
¡ Sálvate ! ¡ huye de mí !

Viol. No : yo te sigo,
Porque tu esposa soy, porque te amo.
Rey. ¡ Amor en el infierno germinado !
Viol. Celeste amor que redimirte puede ;
Que te vuelve á la vida ; que ha lavado
El borron que manchaba tu pasado.
Vive Don Berenguer, Teresa cede.
Mira.

ESCENA IV.

EL REY, DOÑA VIOLANTE, DOÑA TERESA,
DON BERENGUER, EL NUNCIO.

(Al volverse el rey halla á Doña Teresa ante
la puerta derecha, y á Don Berenguer,
descalzo y en hábito penitente, seguido
del nuncio, ante la puerta izquierda, y
retrocede espantado conforme van estos
personajes acercándose á él.)

Rey. ¡ Dios ! ¡ ellos son ! ¡ me los evoca
Tan satánico amor ! Volved al caos,
Sombras... no os acerqueis... de mí alejaos.
(Á Don Berenguer, que aproximándose
él poco á poco se arrodilla alargándole
un pergamino.)

¿ Por qué me sigues tú ?... mudo fantasma,
¿ Qué quieres ? ¿ qué ? ¡ tu lengua ! Á Dios
[le toca
Dártela, él solo puede... ¡ á mí me pasma
De horror el ver que falta de tu boca !
¿ Te arrodillas?... ¿ Qué es eso?... ¿ traes
[escrito

Lo que decir no puedes ?
(Toma el pergamino.)

¿ Quién te ha dado

Mi acta de gracia ?
Ter. Yo.
Rey. ¡ Dios infinito !

¿ Es decir ?...
(El nuncio, que se ha ido tambien acercando
al rey, le interrumpe diciéndole con so-
lemnidad y señalando á Don Berenguer,
que está de rodillas :)
Nuncio. Escuchad.

Ber. Que no hay delito
Mas que en mí : que soy yo el escomulgado.
Rey. ¡ Hablas !... ¡ Oh, todo lo comprendo
[ahora !

¡ Ay !... apartad... dejadme que respire,
(Se aproxima al balcon, que abre Doña
Teresa, que está á este lado y comprende
la intencion del rey. Entra el sol.)
Dejadme que la luz consoladora
Vea... ¡ dejadme que á los cielos mire !
(Arrodillase.)

Mi alma te cree, Señor, mi fé te adora!
(Pausa.)

(El rey al levantarse ve á Don Berenguer en el mismo sitio, y le dice:)

¿Qué esperais ya de mí? ¿No habeis ha-

blado? Ber. La última vez: de el siglo, que

[abandono, Salgo á silencio eterno condenado.

Dadme vuestro perdon. Rey. Id perdonado.

¡Dios me perdone á mí mi infando encono!

Tambien, nuncio, de Roma solicito Perdon.

(El nuncio le presenta el escrito de Teresa, que ha recibido de manos de Doña Violante.)

Nuncio. Firmad, señor, en este escrito,
(Se lo pone en la mesa.)

Y en nombre del Pontífice os perdono.

Rey. ¿Qué es esto? Viol. La justicia que á una madre

Hace Violante de Aragon. Yo imprimo

Mi nombre aquí tambien. (Firma.)

Falta el del padre. Rey. ¿Mis hijos!

Viol. Firma. (Ofreciéndole la pluma.)

Rey. Sí: los legitimo. Ter. El honor de mis hijos lo exigia,
(Á sus piés.)

Y á todo osé por él desesperada. Perdonadme, señor.

Rey. No tengo nada Que perdonarte... la honra te debia.

Viol. Partid. (Á Doña Teresa, dándole el pergamino firmado.)

Rey. Que parta, sí: que el reino deje: Que yo no la halle... que de mí se aleje

Donde tentar mi corazon no pueda. Ter., al rey besándole la mano. ¡Á Dios!

(El rey vuelve la cabeza hácia la izquierda, donde se habia colocado Doña Violante, á quien tiende una mano mientras abandona la otra á doña Teresa.)

Rey, á Doña Teresa. ¡Á Dios!

Ter. Un ángel os protege: La tentacion se va y el ángel queda.

(El rey abraza á Doña Violante.)

Rey. ¡Ah! sí; pero partid.

(Doña Teresa y Don Berenguer se van cada cual por donde salió.)

ESCENA ÚLTIMA.

EL REY, DOÑA VIOLANTE, EL NUNCIO.

Rey. Ya el sol asoma, (Al nuncio.) Nuncio; mi pueblo de Aragon...

Nuncio. Espera Jurar hoy á su reina, y mi postrera

Bendicion recibir. Rey. Sobre mí entera

Echadla pues, y regresad á Roma. Nuncio. Sea. Ya no hay impedimento

[alguno Que vuestra union sagrada contradiga.

La rodilla doblad: desde hoy en uno Por siempre como esposos os reuno.

¡Monarcas de Aragon, Dios os bendiga!

(El nuncio estiende sus manos sobre los reyes, arrodillados á sus piés. — Cae el telon.)

TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR,

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS,

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO

DE

DOÑA MATILDE DIEZ.

PERSONAS.

DOÑA AURORA.
GABRIEL ESPINOSA.
DON RODRIGO DE SANTILLANA,
alcalde de casa y corte.
DON CESAR DE SANTILLANA,
capitan de ginetes del primer
tercio de Flandes.
ARBUES.

BURGOA Y NAO D'ANDRADE.
EL MARQUÉS DE TAVIRA.
EL DOCTOR N.
UN ESCRIBANO.
ALGUACILES.
SOLDADOS.
UN CRIADO DE BURGOA.
OTROS CRIADOS.

La escena en los dos primeros actos pasa en una posada de Valladolid: y en el tercero en Medina del Campo en el año de 1594 de N. S. J. C.

ACTO PRIMERO.

Antesala en una posada de Valladolid. Puerta en el fondo que da al exterior. Dos á la izquierda, que dan al interior. Ventana á la derecha.

Criado. Veros. Que pase.
Burg. Entrad aquí, señor hidalgo.

ESCENA II.

BURGOA; EL MARQUÉS, EMBOZADO.

Marq. Buenas noches.
Burg. Dios le guarde.
Marq. ¿Eres tú el huésped?
Burg. Yo soy.
Marq. ¿Luis Burgoa?
Burg. Y Nao d'Andrade.
Marq. ¿Portugués?
Burg. Lo canta el nombre:

ESCENA PRIMERA.

BURGOA, QUE APARECE; UN CRIADO, QUE SALE POR EL FONDO.

Criado. Señor amo.
Burg. ¿Qué hay?
Criado. Un hombre.
Burg. ¿Qué quiere?